

## Algunas reflexiones

*Leandro Sanchez, Florencia Di Giorgio, Mariana Jacques*

Con la propuesta cardinal que guía este libro pretendimos dilucidar si existe una comunidad epistémica en las relaciones internacionales abordadas desde las perspectivas feministas; no obstante, tal aspiración fue planteada y entendida como una meta posible y no un final necesario.

Comprendimos que en la búsqueda de señales de una comunidad epistémica, navegamos de manera pendular en un espacio que visualizamos como un espectro en vez de un punto de partida y otro de llegada, en donde por momentos se avizoran destellos en la disciplina de las RI feministas de Latinoamérica que caracterizan a las comunidades epistémicas, y en otros, un alejamiento.

Para comprender esto, partimos de un breve repaso del concepto nuclear que nos convocó; un concepto acuñado por Peter Haas (1992), quien, guiado por el propósito de analizar el papel de la ciencia en las políticas de alcance global, y apoyándose en Berger y Luckman (2001), afirma que la realidad es socialmente construida. “Epistemológicamente, el mundo y nuestra representación del mismo no es isomorfa, nuestro concepto de realidad está mediado por los supuestos previos, expectativas y experiencias” (Haas, 1992, p. 21). En ese sentido, el autor entiende que las ideas son centrales en el análisis político, que las epistemes dominantes contribuyen a

explicar la elección y la persistencia de las políticas, y que, a su vez, enmarcan las políticas e inciden en su institucionalización.<sup>1</sup>

A partir de la pertenencia a esas “epistemes”, los miembros de una comunidad<sup>2</sup> articulan dimensiones de la realidad, proporcionan y difunden conocimiento consensual para enfrentar problemas, exponen alternativas y desechan otras, desde criterios de validez compartidos, dando forma así a los temas de debate colectivo. De esta manera se conforma una comunidad a la cual Haas caracteriza como “redes de profesionales de reconocida experiencia y competencia en un dominio particular del conocimiento, que reclaman autoridad en ese ámbito o área temática, a partir de creencias y objetivos políticos compartidos” (1992, p. 3). Entonces, si bien Michel Foucault (2013, 2014) se refiere a la episteme como un espacio de poder que marca un espíritu

---

<sup>1</sup> Una forma dominante de ver la realidad social; es un conjunto de símbolos y referencias, expectativas e intenciones compartidas por colecciones concretas de individuos que comparten una visión del mundo que delimita, para sus miembros, la construcción adecuada de la realidad social (Haas, 1992, p. 27).

<sup>2</sup> La definición de Weber (1974) de comunidad como una relación social en la cual la acción social se inspira en el sentimiento subjetivo de los partícipes de constituir un todo, tal como él mismo lo afirma, “constituye un concepto muy amplio y abarca una gran diversidad de situaciones”. Así Weber, a diferencia de Tonnies (1955), quien establece como base de la comunidad los lazos sanguíneos, elabora una tipología de comunidades que va desde la comunidad doméstica hasta la comunidad con gestión económica. La reformulación de la sociología en las universidades norteamericanas en la década de 1920, con la introducción del enfoque ecológico (*human ecology*), fue el marco donde se reformó el concepto de comunidad, y que ha sido ampliamente utilizado a partir de 1950 en la sociología funcionalista norteamericana. La idea inicial de la estructura de la comunidad ha sido complementada con la idea de funcionamiento, la cual se refiere al proceso de interacción social que descansa esencialmente sobre bases individuales. El concepto de comunidad científica aparece por primera vez definido en la literatura sociológica propiamente dicha, a partir de Michael Polanyi en 1942. Su idea de agrupación compuesta de científicos provenientes de diferentes disciplinas se opone a la del aislamiento de los científicos. Desde ese entonces comenzaron a aparecer los primeros trabajos sobre su importancia en sociología de la ciencia.

de época, Haas ancla tal concepción a la academia para comprender las dinámicas relacionales y valorativas en este terreno.

Para caracterizar las creencias que comparten esas comunidades, Adler y Haas (2009) se apropian de la discriminación planteada por Goldstein y Keohane (1993) y Calvin y Velasco (1997, p. 182), quienes distinguen entre visiones del mundo, creencias basadas en principios y creencias causales.

Las visiones del mundo son las creencias más profundas, que se entrelazan con la identidad, e incluyen puntos de vista sobre la cosmología, la ontología, y la ética; son las ideas que definen el universo de posibilidades para la acción (...). Las creencias basadas en principios, o ideas normativas, en tanto, especifican criterios para distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Se entrelazan con las visiones del mundo y operan como guías para la acción humana (...). Las creencias causales, expresan puntos de vista acerca de las relaciones causa efecto y operan como guías respecto a cómo alcanzar objetivos políticos. Este tipo de creencias pueden modificarse a medida que se expande el conocimiento técnico y por lo tanto cambian más rápidamente que las creencias basadas en principios (Goldstein y Keohane, 1993, p. 8).

Precisamente, lo que distingue a las comunidades epistémicas — más allá de las procedencias y profesiones de sus integrantes— es que sus miembros tienen:

Un conjunto compartido de creencias y de principios normativos que proporcionan una justificación basada en el valor de la acción social de miembros de la comunidad (...) creencias causales compartidas, que se derivan de su análisis de los problemas de su dominio y que constituirán la base para la aclaración de los múltiples vínculos entre las posibles medidas de política y los resultados deseados (...) nociones comunes de validez, que son criterios intersubjetivos, definidos internamente para validar los conocimientos en el ámbito de su competencia (...) una po-

lítica común, asociada a un conjunto de problemas a los que se dirige su competencia profesional, presumiblemente con la convicción de que el bienestar humano se verá reforzado como consecuencia de su empresa (Haas, 1992, p. 3).

Entonces, lo que distingue a las comunidades epistémicas de varios otros grupos es la combinación de tener un conjunto compartido de creencias causales y de principios (analíticos y normativos), una base de conocimiento consensuado, y una empresa política común (intereses comunes).

Las comunidades epistémicas deben ser diferenciadas de la comunidad científica en general, así como de las profesiones y las disciplinas, porque aunque los miembros de una profesión o disciplina determinada pueden compartir un conjunto de enfoques u orientaciones causales y tener una base de conocimiento consensual, carecen de los compromisos normativos compartidos de los miembros de una comunidad epistémica.

Las normas éticas de una comunidad epistémica surgen de su enfoque basado en principios para el tema en cuestión, y no de un código profesional común. A diferencia de los miembros de una profesión o disciplina, los integrantes de una comunidad epistémica tienden a realizar actividades que reflejan sus creencias basadas en principios, y se identifican como un grupo que reflexiona y que trata de promover estas creencias. Haas también destaca que la solidaridad de los miembros de las comunidades epistémicas se deriva no solo de sus intereses compartidos, sino que se basa en la creencia de promover el mejoramiento colectivo (1992, p. 20).

Es por ello que resulta significativo resaltar la importancia de identificar a las comunidades epistémicas, el valor social que estas tienen. Porque son canales a través de los cuales nuevas ideas circulan de las sociedades a los gobiernos, así como de un país a otro. Las comunidades epistémicas funcionan como hacedoras de repertorios

cognitivos y articulan la entrada y salida de nuevas ideas en las instituciones (Haas, 1992, p. 27).

Ese valor tiene que ser apreciado por el sentido político que adquiere. Lo político es un elemento central para entender la morfología que obtiene el conocimiento científico, el rol que poseen los científicos sociales y la sociedad.

Reponiendo la propuesta de Pierre Bourdieu (2000a, 2000b), el campo científico, como sistema de relaciones objetivas entre posiciones adquiridas (en las luchas anteriores), es el lugar (es decir, el espacio de juego) de una lucha competitiva que tiene por desafío específico el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social; o, si se prefiere, el monopolio de la competencia científica que es socialmente reconocida a un agente determinado, entendida en el sentido de capacidad de hablar e intervenir legítimamente (o sea, de manera autorizada y con autoridad) en materia de ciencia (Bourdieu, 2000b, p. 12).

Dicho en otras palabras, las comunidades epistémicas se construyen, se validan y validan sus creencias y conocimientos en una disputa competitiva constante. Esto implica que el componente político de una comunidad epistémica es el elemento constitutivo que le da su razón de ser.

### **¿Es posible una comunidad epistémica feminista?**

Ahora bien, si nos planteamos que las comunidades epistémicas no son únicamente un ente ontológico y tienen —siguiendo a Bourdieu (2000b)— una función social, los feminismos son, tal vez, uno de los espacios más idóneos para motorizarla. Sin embargo, hemos notado que la praxis y la academia (al menos observando la foto de los artículos relevados) se encuentran en estadios comunitarios diferentes.

Como sabemos, existen tradiciones diversas en esta propuesta política que, desde hace tiempo, se plantean plural, interseccional y diversificada.

En nuestro relevamiento hemos identificado artículos enmarcados en tradiciones que, si las pensamos en un espectro, van desde el feminismo liberal —que incluye visiones de índole empirista e individualista— hasta, en el otro extremo, feminismos deconstructivistas más cercanos a propuestas posmodernas. Sin embargo, como movimiento, los feminismos se manifiestan intrínsecamente contradictorios y rizomáticos en tanto sus manifestaciones posibles son amplias. En el orden de lo pragmático, dicho espectro no existe como tal, sino que quienes se definen como feministas fluctúan e interactúan permanentemente, generando propuestas plausibles que, en su mayoría, coinciden en que el colectivismo —que tomará formas particulares de acuerdo al trasfondo ideológico de cada movimiento— es una herramienta necesaria para la despatriarcalización del mundo.

Para gran parte de los feminismos, los influjos contestatarios y las disputas tienen mayores posibilidades de trastocar las relaciones de poder en tanto se realicen en un colectivo. Aunque, claro está, depende de cuán consolidado esté aquel colectivo, por el grado de cohesión y coherencia valorativa y política de sus miembros (subjettiva y grupalmente), por los recursos (sociales, simbólicos, materiales) con los que cuente. En ese sentido, Anthony Giddens distingue entre asociaciones u organizaciones, y movimientos sociales, de acuerdo con la forma en la que se despliegan las relaciones en el colectivo:

En unas se da la reproducción social mediante la “conducta regularizada de agentes entendidos (...) [y] no adopta la forma de un intento activo de gobernar o alterar las circunstancias de la reproducción” (Giddens, 1995, p. 229). Los movimientos sociales, en cambio, son “unidades de toma de decisiones” y “empresas colectivas para establecer un nuevo orden de vida” (Giddens, 1995, p. 232). Esta última distinción analítica retoma el grado de integración, pero incorpora el significado de la acción. Sin ser una consideración excluyente, en las asociaciones-organizaciones prima una conducta marcada por la reproducción social de su circunstancia,

mientras que en los movimientos sociales resalta el carácter transformador (Guzmán Bracho, 2018, p. 10).

Esta propensión hacia el cambio social y la transformación, en diferentes escalas, caracteriza a los feminismos; sin embargo, también lo hace la fragmentación ante las concepciones diversas y propuestas políticas divergentes para la emancipación. Esta ramificación se refleja en los escritos académicos, en los cuales, además, consideramos que el estado de situación actual se encuentra lejos de concebirse comunitario, con lazos consolidados, intercambios para el cambio estructural, percepciones valorativas coincidentes predicadas en red, etc. Podría decirse que, tal vez, es un estado protocomunitario, si seguimos a Haas —y si deseamos la chance de univocidad— o bien de comunidades científicas, como planteamos antes.

Hemos dicho en este apartado que las comunidades epistémicas comparten visiones del mundo, las cuales son más profundas y se entrelazan con lo identitario; creencias basadas en principios, vinculadas con lo valorativo y moral; y creencias causales, relacionadas con la toma de decisiones y los criterios de validez. Y si bien observamos que los artículos relevados comparten propuestas políticas y formas de ver el mundo en común, como también criterios de verdad, existe una falta de conexión —o, dicho de otra forma, articulación en red— que no permite pensar en la existencia de comunidades epistémicas.

Más aún, debe pensarse que la existencia de una comunidad epistémica feminista en relaciones internacionales (y aquí discutimos con Haas), por más hilo conductor latino que planteamos, resulta cuasi ficticia, en tanto el conflicto dentro de los feminismos es parte de su impronta, al menos desde que hace sesenta años comenzaron las bifurcaciones y contestaciones a la pretendida homogeneidad. Las formas de ver el mundo, incluso de valorar la propuesta emancipadora, son divergentes; conceptos de base como libertad, despatriarcalización, como también los objetivos frente al mundo, difieren, impidiendo

do así la cristalización de una única comunidad. De esta manera, se demuestra que aquel tipo ideal planteado por Haas es contestado y rebatido como deseable por los feminismos, no porque no puedan existir núcleos en los que aquello tenga lugar, sino porque estos son múltiples y más de uno puede autodenominarse “feminista”.

Así, nos lleva a concluir, en paralelo, que tal vez la unidad comunitaria no sea posible ni deseable. Existen ciertos reclamos o temas que permiten aunar fuerzas y concepciones epistémicas de manera temporaria; sin embargo, su sostenimiento en el tiempo y su sedimentación no pareciera ser factible.

### **Dispositivos posibles para investigar comunidades epistémicas feministas**

Tras lo dicho, la evaluación de los 453 artículos nos permitió identificar ciertos dispositivos posibles de ser considerados al momento de extender un análisis sobre comunidades epistémicas en las relaciones internacionales. Sin embargo, como se desprende del apartado anterior, depende del desenvolvimiento epistémico, valorativo, político, entre otros, de cada nodo comunitario, la incidencia y plausibilidad de que los dispositivos que aquí marcamos estén presentes.

En primer lugar, este libro fue escrito en un momento en que las bibliotecas académicas están llenas de artículos sobre la teoría de la interseccionalidad. Los teóricos que incorporan una perspectiva interseccional consideran cómo las personas están situadas de forma múltiple y cómo el poder coercitivo y la opresión sistemática no pueden entenderse completamente mediante exámenes asincrónicos del poder estructural o relacional. La interseccionalidad reconoce que las identidades se entrelazan mutuamente y también son relacionales (Berger y Guidroz, 2009; Collins, 1998). Las concepciones anteriores de las relaciones sociales consideraban a la identidad social como aditiva y ordinal, siendo una identidad la identidad primaria y la identidad más importante, mientras que otras identidades eran posteriores o secundarias a la identidad principal (Evans-Winters y Esposito, 2019).

En consecuencia, la interseccionalidad como perspectiva analítica de investigación consiste en contemplar, interrogar, nombrar y, al mismo tiempo, reclamar y rechazar ese nexo entre lo conocido y lo desconocido, lo invisible y lo (hiper)visible, lo humanizante y lo deshumanizante. Además, más allá de pensarla como defensa y estrategia política, la interseccionalidad podría considerarse como un punto de vista y una encarnación.

Sin embargo, hay escasos, casi nulos, intentos por convertir la teoría en un diseño metodológico, tratando de dar cuenta del “cómo” de la investigación interseccional. Hay quienes están más o menos familiarizados con la teoría, pero es posible que nunca hayamos aprendido de qué manera poner en práctica la teoría en el diseño y la realización de investigaciones interseccionales.

En principio, la interseccionalidad como una matriz metodológica de análisis, que incluye consideraciones éticas e interrogantes de relaciones arraigadas en el poder y la influencia, intenta asumir directamente el hecho de que las herramientas del maestro nunca desmantelarán la casa del maestro. En cambio, se necesitan nuevas herramientas —en este caso, nuevas formas de realizar investigaciones— para denunciar y desbaratar los regímenes opresivos. Para pensar interseccionalmente hay que utilizar metodologías y métodos interseccionales.

Por otro lado, como señalan Rinehart y Earl (2016), la prominencia neoliberal contemporánea que ha dado lugar a una cultura de auditoría,<sup>3</sup> en la que la rendición de cuentas estricta se presta a todos los aspectos de la investigación, puede presentar una reacción negativa amenazante para la investigación colaborativa; una amenaza que es necesario contrarrestar.

---

<sup>3</sup> Explican que la cultura de auditoría es un término derivado de las finanzas y no es apropiado para la investigación, ya que busca una automedición continua frente a puntos de referencia externos. Además, argumentan que tal cultura reduce el alcance de las preguntas de investigación.

En ese marco epocal, la investigación incluso cualitativa, sigue siendo, en gran medida, una empresa individual, en parte influenciada por programas académicos que premian las disertaciones individuales y por instituciones académicas que a menudo recompensan la autoría exclusiva sobre las colaboraciones de autores. El imperativo de alejarse de esta idea individualista de investigadores solitarios hacia la colaboración es fuerte y cada vez más importante para profundizar el conocimiento en un mundo globalizado e interdependiente.

A pesar del énfasis en la colaboración como una práctica investigativa valiosa, se da por sentado que las comunidades académicas saben qué es la colaboración y, por lo tanto, el tema rara vez se discute en la práctica, en los cursos o libros de métodos de investigación. Quienes investigan sobre relaciones internacionales con perspectivas de géneros pueden querer colaborar, tanto con los agentes de sus investigaciones como con otros investigadores, para crear una comunidad de práctica, pero pueden tener dificultades para saber cómo hacerlo de manera efectiva.<sup>4</sup> De hecho, así resulta.

Además, la colaboración a menudo se usa como una palabra general para indicar cualquier tipo de relación organizacional o personal en la que está involucrada más de una organización o persona. En otras palabras, cualquier acción colectiva o configuración interpersonal o interorganizacional se denomina colaboración, lo que dificulta que las personas comprendan e implementen la práctica colaborativa.

Es importante comprender y cuestionar las alianzas estratégicas y las acciones colectivas y las interacciones grupales para ver qué constituye una colaboración y prestar atención a las estructuras y procedimientos establecidos para obtener resultados saludables de tales asociaciones.

---

<sup>4</sup> Hay una falta de énfasis en los pros y los contras de las prácticas de investigación colaborativa, de asesoramiento sobre cómo evaluar un proyecto para determinar si las prácticas colaborativas serían beneficiosas y de herramientas específicas para ayudar a los investigadores en los inicios de su carrera, en particular, en aprender lo que significa conceptualizar y llevar a cabo una investigación colaborativa.

Incluso es importante señalar las distinciones entre colaboración y cooperación, dos enfoques relacionados pero diferentes. Panitz (1999) presenta una descripción general de los dos conceptos y señala que, en el ámbito de la enseñanza y el aprendizaje, el aprendizaje cooperativo y el colaborativo a menudo se confunden entre sí. Para el ojo inexperto, pueden parecer similares. El aprendizaje cooperativo se produce cuando un grupo de personas entran en un entorno de aprendizaje con un objetivo acordado y se les asignan o negocian tareas preestablecidas o predeterminadas que ayudan al grupo a lograr el objetivo. El aprendizaje colaborativo también involucra a un equipo de aprendices, pero el grado de predeterminación se reduce o elimina, y los colaboradores interactúan intersubjetivamente para definir el problema o pregunta crítica que se explorará y para abordar juntos los procesos que guiarán la indagación.

La investigación colaborativa, como sostienen Denning y Yahoikovsky (2008), implica un continuo con niveles crecientes de complejidad: intercambio de información, coordinación, cooperación y colaboración. De hecho, afirman que la colaboración “es un ideal logrado con mucha menos frecuencia de lo que se invoca. A menudo se confunde con el intercambio de información, la cooperación o la coordinación” (2008, p. 21).

La tecnología puede ayudar en los procesos colaborativos, pero no puede generar un sentido de cooperación. Para que eso ocurra, se necesita tener un propósito compartido y objetivos mutuos. Finalmente, la conciencia comunitaria, es decir, la percepción de la existencia de tal colectivo epistémico y la propensión a sustentar y sostener tal red. De esta manera, no se trata únicamente de la sintonía entre normas sociales, políticas, académicas, valorativas, sino de las proyecciones impulsadas por quienes forman parte de tal comunidad y el compromiso por la disputa de sentidos en el orden discursivo.

Los colectivos feministas, incluso en el orden epistémico, se caracterizan por disputar el orden actual de poder, al que definen como

androcéntrico y que se despliega mediante técnicas misóginas y machistas. Desde los feminismos se buscará, entonces, disputar tal episteme para inaugurar nuevas relaciones de poder y subjetivación que destierren la opresión. No obstante, difieren en cuestiones que se manifiestan como pilares: definiciones de la relación saber-poder, de opresión y/o subyugación y qué implica la salida de esto.

### **Cómo continuar**

Es imperioso retomar aspectos señalados en la introducción y que atraviesan la obra en su conjunto. Bajo la consideración general de que la ciencia es un proceso social de producción de conocimiento que puede analizarse desde una óptica que involucre tanto a las dimensiones que usualmente son tenidas en cuenta por las perspectivas internalistas como por las externalistas, el trabajo conjunto de los autores representó, de algún modo, esa intención.

Pero cabe reflexionar sobre la posibilidad y potencialidad de profundizar lo analizado a partir de lo que actualmente se conoce como análisis de redes sociales, en cuanto enfoque paradigmático tanto como diseño de investigación, que permita avanzar sobre la identificación de la comunidad epistémica que intentamos abordar.

La imagen de “red de relaciones sociales” para representar un escenario complejo de interrelaciones en un sistema social ha tenido una larga historia. Este uso de “red”, sin embargo, es puramente metafórico, y es muy diferente de la noción de red social como un conjunto específico de vínculos entre un grupo definido de personas, con la propiedad adicional de que las características de estos vínculos como un todo pueden ser utilizadas para interpretar el comportamiento social de las personas implicadas.

No es el objetivo historiar su devenir cronológico sino simplemente señalar que una de las formas en las que una metáfora puede ser transformada en un concepto analítico es identificar las caracte-

rísticas sobre las que descansa su utilidad heurística, y luego definir estas características en términos de teoría general.

Si bien en lo que se refiere a la idea de redes sociales, esta se ha utilizado en los escritos sociológicos en una variedad de maneras diferentes (Wellman, 1988), el análisis de redes como un paradigma analítico se subraya al señalar aspectos destacables del enfoque, ya que: 1) las estructuras de relaciones tienen un poder explicativo más importante que los atributos personales de los miembros que los componen; 2) las estructuras sociales determinan el funcionamiento de las relaciones diádicas; 3) el mundo está formado por redes y no por grupos; 4) las normas emergen en función de la localización en la estructura de las relaciones existentes; 5) los métodos estructurales complementan los métodos individualistas.

Ahora bien, sintéticamente, el interés en estos estudios no se centra en los atributos de las personas en la red, sino más bien en las características de los vínculos en su relación con otros, como un medio de explicar el comportamiento de las personas que participan en ellos. En definitiva, el análisis de redes sociales trata de datos relacionales, un tipo de datos que se entiende como el vínculo existente entre un par de elementos. A partir de esos pares de elementos y de las relaciones establecidas entre ellos es posible construir una red. Incluso es posible analizar diferentes relaciones entre las mismas series de elementos, construyendo distintas redes con los mismos actores. Esto de ninguna manera implica que las variables atributivas no forman parte del análisis.

Intentar identificar una comunidad epistémica se emparenta con la idea de red social en que el interés está en las características morfológicas de la red en sí misma y en sus implicaciones para el comportamiento social, más que en el flujo de las comunicaciones a través de la red, aunque este último no está excluido. Este paso a través del cual la relación entre los vínculos en una red se considera un factor

relevante en la interpretación de la acción social de una comunidad es analíticamente necesario.

Incluso, es un punto importante en el uso de la noción de redes sociales en la interpretación de una comunidad epistémica que este es complementario y no un sustituto de los marcos convencionales de análisis que hemos desarrollado.

Es importante señalar que la utilización de análisis de redes sociales en la interpretación de los datos de campo conlleva distinguir ciertos rasgos o características de estas redes como pertinentes para la explicación de la conducta que se busca identificar. Hasta el momento, la mayoría se ha concentrado en la naturaleza de los vínculos entre las personas en la red como la característica más significativa. Esto es a lo que Barnes (1954) se ha referido como la “malla” de la red, y Bott, como “conectividad”. Pero hasta ahora no parece haber ningún conjunto comúnmente aceptado de criterios que puedan ser utilizados para distinguir las características de los diferentes tipos de redes.<sup>5</sup>

Esto se debe, en parte, a que el estudio de las redes personales requiere el registro detallado de datos de la interacción social en forma meticulosa y sistemática para un grupo bastante grande de personas. En cualquier estudio sistemático de redes, no obstante, sería necesario tener en cuenta por lo menos las características citadas, así como, posiblemente, otras no consideradas aquí. Para registrar los datos con esta amplitud y en este detalle se requiere no solo una idea clara de qué características de las redes deben ser observadas y registradas, sino

---

<sup>5</sup> Desde el trabajo que ya se ha hecho sobre las redes sociales, sin embargo, aparecen allí varias características morfológicas y de interacción que pueden ser pertinentes en cualquier intento de describir adecuadamente el comportamiento social. Las características morfológicas de una red se refieren a la relación o a los patrones de los enlaces en la red con respecto a un otro. Estas son *anclaje*, *densidad*, *accesibilidad* y *alcance*. Los criterios de interacción, por otro lado, se refieren a la naturaleza de los enlaces en sí mismos y son el *contenido*, la *direccionalidad*, la *durabilidad*, la *intensidad* y la *frecuencia* de la interacción en los enlaces

también una intensidad de trabajo de campo que no es fácil de alcanzar. Trabajo que requiere de un equipo mayor al que dio origen a este libro, así como de una formación y una sistematización más amplias.

El diseño de investigación sobre el que se asentó la colaboración de los autores se estructuró sobre datos atributivos necesarios para describir a los actores y artículos (nodos para el análisis de redes sociales) de esa potencial comunidad. Profundizar el análisis implica construir datos reticulares a partir de indicadores relacionales (simples/múltiples; dirigidas/no dirigidas; adyacentes/afiliación) que permitan construir diferentes niveles de análisis sobre la estructura de esa red o comunidad, su densidad, su centralidad, sus flujos, nodos, etc.

Inversamente al espíritu de colectivo científico homogéneo en los tiempos de ciencia normal en el imaginario de Kuhn, para Bourdieu (2000b) la ciencia es un espacio donde hay una constante puja por la obtención, acumulación y preservación del poder. La configuración del campo científico sería entonces producto de la puesta en juego de los capitales de los científicos en pos de un mejor posicionamiento dentro del campo, por un lado, y su capacidad de incidir en la estructuración del mismo, por el otro.

De esta forma, para Bourdieu (2000a, p. 91) aquellos que por su acervo de poder logran ocupar la topografía central del campo científico no solo habrán logrado hacerse de un nombre (y por ende, acumular capital válido para dicho campo), sino también estar en condiciones de trazar los límites del mismo, plantear cuáles son los principales objetos de estudio, y por consiguiente, lograr establecer en qué medida: a) son tenidos en cuenta los criterios de relevancia social en esta labor; b) es más o menos estrecha la distancia entre ciencias sociales, la política y la sociedad, y c) esto atenta contra la pretensión de adquirir el estatus de ciencia.

Esto supone un choque entre dos lógicas: la primera, meramente científica o pura —que supone una disputa solamente con las armas

que provee la labor científica y, por tanto, una selección de objetos de investigación sobre la base de criterios propios del colectivo científico—; la segunda, impura o mayormente política, donde las armas las aportan otros campos, y que romperían el carácter autónomo del campo científico, con lo cual se pueden trastocar no solo las posiciones dentro del campo científico, sino también reformular las preferencias a la hora de seleccionar temas de relevancia.

### **Oportunidades comunitarias en nuestra experiencia**

Como se planteó en los inicios de la obra, una de las principales motivaciones de esta empresa común fue intentar replicar la comunidad epistémica que pretendíamos analizar a la luz de los contenidos de los artículos científicos relevados, bajo el supuesto de que el conocimiento se genera a partir de las historias y las relaciones sociales de los agentes de las epistemologías (Di Giorgio, Sanchez y Jacques, 2021).

En la decantación de un largo proceso, pudimos observar la formación de subgrupos de investigación y la consolidación de otros preexistentes, donde el trabajo se produjo sobre la base de consensos intersubjetivos, en algunos casos, bajo líneas de investigación que ya se venían trabajando, y, en otros, guiados por nuevos problemas sobre el análisis de la base de artículos proporcionada. También forman parte de esta obra producciones individuales, con rasgos más intrínsecos, lo cual no significa que sus autores no realicen trabajos colaborativos y en red por fuera de su participación en este proyecto editorial. Aunque, como se mencionó, somos conscientes de que nos marca una época en la cual la investigación sigue siendo en gran medida una empresa individual.

No obstante, en la mayoría de los capítulos se observan criterios de validez compartidos y una pretendida descentralización o cuestionamiento del poder en las relaciones de investigación. También se

vislumbran exigencias de reflexividad e intersubjetividad, donde se destacan un compromiso con el activismo social y las implicaciones éticas de la investigación.

En definitiva, pudimos reflejar ese estadio protocomunitario del cual hablamos antes, que nos posiciona favorablemente a la hora de encarnar nuevas formas y métodos de conocimiento epistémico, como la propuesta de análisis de redes sociales.

### Referencias bibliográficas

- Adler, E. y Haas, P. (2009). Conclusión: Las comunidades epistémicas, el orden mundial y la creación de un programa de investigación reflectivo. *Relaciones Internacionales*, 11, 145-169. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2009.12.007>
- Barnes, J. (1954). Class and Committees in a Norwegian Island Parish. *Human Relations*, 7, 39-58.
- Berger, M. y Guidroz, K. (2009). *The Intersectional Approach: Transforming the Academy through Race, Class, and Gender*. Carolina del Norte: University of North Carolina Press.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Bourdieu, P. (2000a). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, P. (2000b). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Calvin, C. y Velasco, J. (1997). Las ideas y el proceso de conformación de las políticas públicas: Una revisión de la literatura. *Política y Gobierno*, 4(1), 169-188. Recuperado de <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/546>
- Collins, P. H. (1998). It's all in the family: Intersections of gender, race, and nation. *Hypatia*, 13(3), 62-82.
- Denning, P. y Yaholkovsky, P. (2008). Getting to "We": Solidarity, not software, generates collaboration. *Communications of the ACM*,

- 51(4), 19-24. <https://doi.org/10.1145/1330311.1330316>
- Di Giorgio, F., Sanchez, L. y Jacques, M. (2021). Perspectiva de género(s) y feminismos en el campo de las Relaciones Internacionales: Trayectorias, identificaciones y perspectivas iberoamericanas. *Perspectivas Revista De Ciencias Sociales*, 6(11), 405-433. <https://doi.org/10.35305/prcs.vi11.446>
- Evans-Winters, V. y Esposito, J. (2019). *Intersectionality in Education Research: Qualitative Inquiry at a Crossroads Political, Performative, and Methodological Reflection* (pp. 52-64). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429056796-5>
- Foucault, M. (2013). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Foucault, M. (2014). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Goldstein, J. y Keohane, R. (1993). Ideas and Foreign Policy: An analytical framework. En J. Goldstein y R. Keohane (Eds.), *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, institutions and political change*. Ithaca: Cornell University Press.
- Guzmán Bracho, M. (2018). Agencia Constructiva: Acción social para el bienestar colectivo. *Iberoforum*, 13(26), 1-27. Recuperado de <https://iberoforum.iberomx.com/index.php/iberoforum/article/view/177>
- Haas, P. (1992). Introduction: Epistemic Communities and International Policy Coordination. *International Organization*, 46(1), 1-35. <https://doi.org/10.1017/S0020818300001442>
- Panitz, T. (1999). Collaborative versus learning: Comparing the two definitions helps understand the nature of interactive learning. *Cooperative Learning and College Teaching*, 8(2), 68-72. Recuperado de <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED448443.pdf>
- Polanyi, K. (1942). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Boston: Beacon Press.
- Rinehart, R. y Earl, K. (2016). Auto-, duo- and collaborative-ethnographies: “caring” in an audit culture climate. *Qualitative*

*Research Journal*. <https://doi.org/10.1108/QRJ-04-2016-0024>

Tonnies, F. (1955). *Community and Association*. London: Routledge and Keagan Paul.

Weber, M. (1974 [1922]). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wellman, B. (1988). Thinking structurally. En B. Wellman y S. D. Berkowitz (Eds.), *Social structures: A network approach*. Cambridge: Cambridge University Press.